EL PORTUGUES Y EL FRANCES.

GRACIOSA RELACION, EN QUE SE DECLARA la burla que à un Portugués Remendon, y à un Francés Aguador, les jugaron una señorita y su marido, sacándolos en un arca á la plaza mayor.

PResten atencion un rato
à este sonoro instrumento,
cuya acorde melodía
ha de acompañar mis ecos
con sus agradables voces,
por ser el divertimiento
que causan sus claras cuerdas,
de todos el mas supremo:
à cuya voz armoniosa
diré el mas gracioso cuento,
que à un Portugués y un Francés
les jûgò Pedro Carreño
en la villa de Madrid,
corte insigne del Rey nuestro.
En esta felice villa,
al barrio de San Lorenzo,
el dicho Pedro y su esposa
en paz estaban viviendo.
Diò en mirarla un Portugués,
de oficio de echar remiendos:
paseábale la calle,
à zapa chapin diciendo,

seis

seis ù ocho veces al dia;
mas Doña Juana entendiendo
lo derretido, procura
el gastarle todo el cebo.
Y discurrió desde entónces,
no pagar los aderezos,
y el Portugués lo agradece,
porque ayudaba á su intento;
y lugar solo aguardaba
para descubrir su pecho.
Mientras esto así pasaba,
un Francés, Monsiur Guillermo,
que era Aguador, y la casa
proveía de Carreño,
de todas veras rendido,
nunca tomaba dinero;
y ella con gran cortesia
mostraba agradecimientos.
Asi los traía á entrambos
fuera de tino y sosiego,
sin saber uno de otro,
siendo ordinario el encuentro
de los dos en la tal casa,
uno al agua, otro à remiendos.
Pero tuvo la fortuna
de encontrar lance el primero
el Portugués, pues un dia
que en casa no vió à Carreño,
llegó y le dixo: señora,
yo estó que non sé qué teño
de haber visto vuestros ollos;
yo estó perdido en efecto
por vostra gran hermosura:
y así en lo que pretendo,
es el teñer esperanza;
y si hace falta diñero,
hasta quarenta patacas
este bolso encierra dentro.
Doña Juana que no es lerda,
aseguróle, diciendo,

que al anochecer viniese,
y le guardará secreto,
porque era muger honrada,
y por su corto remedio
à su esposo hacia ofensa,
el qual andaba vendiendo
dos arcas para comer.
No os faltará, miño dueño,
que en os daré quanto es mio.
Despidióse, y à este tiempo
llegó el Francés con el agua,
y à la dama sola viendo,
dixo: per ma fue que ahora
Guillermo dirá su intento.
Logrando pues la ocasion,
empezóla con requiebros
à declarar sus amores,
y juntamente ofreciendo
veinte doblones de à quatro,
que à Juana se le cayeron
en la miel todas las sopas,
al ver el ofrecimiento.
Y hallando la coyuntura
de tomar tanto dinero,
dícele, que estima mucho
que haya hecho aquel acuerdo,
y que agradecida quiere
pagar su afecto tan tierno,
aunque la pobreza es causa
de hacer tales desaciertos.
A que respondió el Francés,
en la mano su sombrero:
yo tengo bastante archan,
y si hay pobreza, hay dinero,
Y Doña Juana le dice,
que à la noche con silencio
vaya despues de las ocho:
y encargándole el secreto,
se despiden; mas los dos
ya llevaban en el cuerpo,

que

Col. Compte

que si hay dinero delante,
al instante bayla el perro.
Así que vino el marido,
le dió cuenta del suceso,
y le dice que à la mira
ha de estar, hasta que dentro
los vea, y que luego llame,
como que viene riñendo.
Sabiendo lo que ha de hacer,
muy puntual se fue Pedro,
para dar lugar que entrase
el Portugués; con que siendo
ya despues de la oracion,
vino Figueyra, y subiendo
la escalera, vido à Juana,
à quien se arrojó risueño,
para requebrarla à solas,
con tantos brazos abiertos.
A quien dixo la bellaca,
defendiendo bien su cuerpo:
pues si esto hacemos ahora,
qué dexamos para luego?
Vamos cenando, y despues
ya los dos nos holgaremos
muy bien, porque à mi marido
esta noche no lo espero.
Puso la mesa, y Figueyra
sacó de un fino pañuelo
dos gallinas bien asadas,
unas camuesas y peros,
y una calabaza grande
rebosando de lo añejo,
con dulces para la postre.
Cenan los dos con sosiego,
echando valientes brindis
alegres y placenteros.
Dixo Figueyra: alá va,
que ya de forte rebentu;
à la saú de voacé.
Y así que à cenar fin dieron,

se desnuda el Portugués,
y hasta la camisa (viendo
que le estorva) se la quita.
Y Juana hizo un envuelto
de todo, y yendo à atizar
el candil, lo apagó luego.
Llamaron recio à la puerta,
abre, Juanica, diciendo;
y el Portugués asustado,
le dixo à Juana, que presto
lo ponga en salvo mas ella
lo metió en un arca en cueros,
y torciéndole la llave,
fue à abrir la puerta al momento
para que el Francés entrara,
y allí en el baxo aposento
lo recibe; y él rendido
mostró su amor desde luego;
mas con mucha honestidad,
le dixo Juana à este tiempo;
no soy como las que piensa
usted, señor caballero,
que à las mugeres de bien
nos averguenza este yerro,
y para acostarme yo,
apago el candil primero,
porque duermo sin camisa.
E yo tambien dormo en cueros,
respondió el Monsiur Fransué;
y la mesa pide presto,
porque trae allí la cena.
Respondió Juana: no tengo
gana, y él dixo lo mismo,
conformandose, y diciendo:
à bien que por la mañana
servirá à los dos de almuerzu.
Y en una gran servilleta
le entregó un pavo relleno,
dos pollas y algunas frutas;
y allí en el baxo aposento,

en

en la prevenida cama
se acostó el Francés en cueros.
Al apagar el candil,
llamó el marido tan recio,
que el Francés le pidió à Juana,
lo saque con mucho tiento,
y lo esconda. Conque entónces
en un cofre que está abierto,
lo embanasta sin camisa,
así como lo parieron.
Apriesa tuerce la llave,
y el lance desentendiendo,
abierta la puerta, entró
el marido haciendo estruendo,
y à su esposa así le dice:
cierto que enojado vengo,
porque acaban de pedirme
aquellos quartos que debo,
y mañana las dos arcas
las venderé sin remedio
en una pública plaza.
Y gran corage fingiendo,
paseábase en los quartos
de los dos encerramientos,
porque de atemorizados
no se les oyga el resuello.
Recogen las vestiduras,
y registrándolas, vieron
en la bolsa del fidalgo
treinta escudos, y al momento
van à ver las faltriqueras
del Francés, y le cogieron
doce doblones de à quatro;
y el dinero recogiendo,
se pusieron à cenar
la buena Juanica y Pedro,
brindándose à la salud
de los que parecen muertos.
Y luego por la mañana
llamó à quatro costaleros,
y cargando dos el cofre,
y dos el arca cogiendo,
dentro en la plaza mayor
el arca y cofre pusieron.
Dale à un muchacho dos quartos
porque en alta voz al pueblo
diga, que vengan à ver
de las arcas el secreto,
porque es el Totilimundi,
cosa moy curiosa; y dentro
hay Guillermos Aguadores,
y adobar zapatos viejos.
A cuya voz se juntaron
muchachos mas de quinientos,
y siendo dia de fiesta,
tanta gente fue acudiendo,
que fue menester soltar
al instante los conejos.
Abren pues el arca y cofre,
salen los dos, pareciendo
páxaros ya perdigados,
sin cañon, pluma ni pelo,
y huyen desolladas liebres,
y los muchachos à un tiempo
disparaban municion,
que solo crian los huertos.
Este fue un célebre rato,
y mejor para Carreño
y Juana, que se quedaron
con mas de noventa pesos
y la ropa, y se mudaron,
por no encontrar desconcierto.
Pero Guillermo y Figueyra,
porque allí los conocieron
muchos de los que en la plaza
los vieron correr en cueros,
se ausentaron luego al punto.
Y así tomen escarmiento
de no enamorar señoras,
que suelen dar tales perros.

Barcelona: Por los Herederos de Juan Jolis, en los Algodoneros.

103